



INSPIRACIÓN

VOLUMEN I

LABORATORIO DE ESCRITURA

MARIANA CANO GUERRA

LAURA SALINAS

JAEI MINJAREZ

ARACELI ZÁRATE

ITZEL YOALI

COORDINADORA: GLORIA G. FONS

D.R. ©*Inspiración* Volumen I

Primera edición, Laboratorios Literarios, México, 2021

©Mariana Cano Guerra

©Laura Salinas

©Jael Minjarez

©Araceli Zárate

©Itzel Yoali

Prohibida la reproducción parcial o total sin autorización de las autoras.

Esta antología es un proyecto de:

®Voces de Afrodita | Laboratorio de Escritura Inspiradora

®Laboratorios Literarios | Experimentamos con las palabras

©Gloria G. Fons, coordinación literaria, diseño y edición

Desarrollado para su venta exclusiva a través de Autores Editores

www.laboratoriosliterarios.com

LAS INSPIRADAS

MARIANA CANO GUERRA.....	7
Despojado de letras	9
Vestida de sol	15
Reencarnación.....	16
LAURA SALINAS	19
La coleta de caballo.....	20
Maya.....	21
El librero	23
Beatriz	24
El día	26
La casa.....	28
Palmera.....	30
JAEL MINJAREZ VICTORIO	33
Noticias	35
Crujiente.....	36
Mazapanes.....	38
Las musas no existen.....	39
Los tendedores	41

ARACELI ZÁRATE.....	43
¿A qué te sabe el danzón?	45
Triste día en la calle de la portería de Santa Clara	48
Un suicidio bien planeado.....	50
ITZEL YOALI	53
Los jardines colgantes de mis neuronas.....	55
Delirio de azares.....	60
El colecho de testudines	63
Raite	66



MARIANA CANO GUERRA

Irapuato, Guanajuato, octubre de 1992. Psicóloga Organizacional de profesión, Máster en Enseñanza por vocación. Amante de las letras desde, al menos, una década, dejó en pausa la escritura por algunos años y la retomó al participar en el “Primer Concurso Nacional de Novela Corta de Escritoras Mexicanas” en el año 2019 con la novela: “De amor y pérdidas”.

En el año 2021 su cuento “Mujer que vuelas”, fue seleccionado para formar parte de la IV Antología de Escritoras Mexicanas.

Su escritura se transformó, logró textos diversos con personajes y narradores más profundos; en donde su eje central siempre es el amor, al igual que sus lecturas predilectas y su filosofía de vida.

Se mudó a Argentina en agosto del 2020.

Datos de contacto:Instagram: escritora_improvisada

Despojado de letras

No encuentro las palabras adecuadas. Podría empezar escribiendo cómo me siento a manera de prosa poética, que me es tan atractiva, tan amena, pero no puedo. Mi mente está cerrada, bloqueada y además el tiempo, que parece ser tan abundante para todos, escasea entre mis manos; se me escapa y yo lo dejo irse porque no tengo la energía suficiente para retenerlo.

Todos me dicen que debería hacerlo a manera de ritual: prender unas velas, un incienso, poner música clásica, sentarme con papel y pluma o más fácil, en computadora por si me equivoco, y dejar que todo fluya. Fluir, qué curiosa palabra. Como el río te dicen, y yo de río no tengo nada, ni la serenidad, ni la belleza, ni el reflejo; a lo sumo sería un estanque podrido, hediondo, lleno de helechos, abandonado por el tiempo y sus habitantes.

Mi padre siempre me dijo que sería un buen escritor; me leía con tanta dicha que yo me consideré un posible Borges, el próximo García Márquez, Vargas Llosa o Cortázar, quizá hasta un ambicioso Paz, pero resulta que sólo soy un Guerra, Marcelo Guerra. Y no me lee nadie, ni yo mismo, ni mi padre porque sus ojos se cerraron hace casi una década y se llevó consigo las palabras exactas que tendría la novela que nunca escribiré.

Mi madre, por el contrario, siempre cargó en mí la responsabilidad de ser el próximo contador de la familia, ya saben, el que lleva los libros de las empresas heredadas, por el simple hecho de que su vientre sólo cargó un varón y seis

mujeres, todas dependientes de la empresa que me agota, que me quita tiempo, que me quita vida.

¡Ay, mi madrecita santa! ¿Qué hubiera sido de mí si me hubiera refugiado entre los brazos de la literatura y no de la mujer ambiciosa de propiedades que no son propias? Leo, voraz y ansioso, a las cuatro de la mañana, justamente cuando el mutismo de todas las edades está en su apogeo. Nadie está despierto a esa hora que no es ni madrugada, ni mañana, que no hay canto de aves, que la luna se esconde en un acto de respeto hacia la estrella de luz que se prepara para animarme otro día en la oficina gris de mis desvelos.

Leo, y me siento vivo de nuevo, y voy por los pasillos del edificio releendo en mi mente aquellas líneas en las que podría rescatar al personaje principal, darle una nueva ilusión, regalarle un final digno; entregarle aquella calma que su alma perdió la misma noche que se despidió de su familia para irse a la capital a estudiar contabilidad.

Entonces escribo: “Vuela, ave, sin que el dolor sea tu roca. Vuela sin anhelar la llegada. Siente el viento y vuelve a ti, a la felicidad que pudiste haber tocado si pudieras enfrentarte al hecho de que este vuelo sólo lo diriges tú”.

Pero después pienso, si es que pienso: ¿Quién me va a leer? ¿Para quién escribo? ¿De dónde saco el tiempo para terminarlo? ¿Qué palabras usaría? ¿Mi léxico es suficiente para impactar a los lectores que no me leen? Enfurezco y olvido mis letras debajo de las pesadas carpetas con información tan valiosa para todos, menos para mí.

Quizá mi padre tendría todas las respuestas. Me las compartiría un domingo a la hora de la siesta, también cuando todos duermen, y nadie nos interrumpiría. Estaría con una taza de café negro en su mano derecha y en la mano

izquierda tendría un cigarrito con dos fumadas, desperdiciado en el aire que nos acariciaría el rostro tanto como los rayos del sol de la tarde en la que su último suspiro me dejó doliéndome todo respiro.

Ese domingo fue el final de mi escritura: manejaba escuchando música de trova, contento de la pausa tan necesaria de mi rutinaria vida, yendo hacia la casa de campo que el “extravagante” de mi padre, según las palabras de mi madre, se había hecho en sus primeros años de jubilación. Vendrían las hermanas, los maridos incompetentes, los sobrinos malcriados, mi madre y su chal morado que combina tan poco con sus botas verdes como los números y mi mente. Comeríamos carne asada, beberíamos tequila, con su limoncito y su sal escarchada, y no habría espacio para el postre, porque el chicharrón con pico de gallo nos dejaría bofeando, orgullosos de la bien merecida comilona.

No llegaron ni las hermanas, ni los maridos, ni los escuincles, ni el chal morado. Llegué una hora antes de lo previsto para encontrarme en la silla al cuerpo postrado de mi padre en una paz tan envidiable que sentí que tenía tiempo para entrar a la casa y dejar mis pertenencias, admirar el cerro azul limpio en lluvias desde su ventanal, sentir la calma y salir para sentarme en la silla vacía justo al lado de mi padre; esa silla en la que tenía que escuchar todas las respuestas de las preguntas que ya le había formulado el domingo anterior.

Bastaron tres segundos para darme cuenta que el cigarro estaba terminado y su café sin empezar.

Mientras mis manos frenéticas zarandearon su cuerpo, una carta en su bolsillo frontal se asomó. Lo cargué hasta su recámara, lo acosté boca arriba ligeramente ladeado hacia el cuadro que pintó mi madre en el único

curso que tomó en su vida —decía que los logros, por pocos que fueran, había que admirarlos así como él honraba esa imagen de un bosque otoñal europeo—, dejé que su quijada terminara de destruir su rostro y lo besé.

Llorando, saqué la carta pidiéndole perdón por el ultraje.

“Marcelo:

Querido hijo, la vida siempre está en constante cambio, eso está bien, perfecto, de hecho. Desde que naciste, con tu madre, tejimos un par de alas sobre tu espalda para que siempre sintieras la libertad de volar, crecer y aventurarte a lo que tu corazón te dicte. Todas nuestras vivencias fueron decididas desde las sensaciones de nuestra alma. Quiero que jamás olvides que todo lo que se elige desde el amor es un acierto y que estamos creados sólo para hacer lo que nos apasiona.

No necesitas convertirte en ningún García Márquez, Vargas Llosa o Cortázar. Eres mi Guerra, mi Marcelo Guerra; es suficiente.

Disculpa que no haya podido llegar a la comida del domingo, mi cuerpo no soporta más.

Gracias por enseñarme tanto. Te amo más allá del infinito

Con profundo amor, el orgulloso padre del escritor
Marcelo Guerra”.

El silencio se apoderó de mis labios. Abracé su cuerpo frío, acaricié sus manos estáticas, apoyé mi cabeza sobre su pecho observando detenidamente la ecléctica pintura de mi madre; tenía algo de belleza, pero quien logró que fuera una obra de arte fue mi padre, él que siempre encontró lo divino en lo humano.

Aquel día fue un trajín de lágrimas y lamentos. La noche en vela, el mutismo acelerado. Y yo sólo tenía en mi cabeza sus palabras, su cariño. Fui decoración ornamental en ese funeral no deseado. Me quedé sin latido, despojado.

Olvidé al escritor, me parecieron fantasías, consuelo infantil. Regresé a la oficina gris de mis desvelos; por las dudas, no podía dejar sin su dotación de estabilidad mensual a mi madre y mis hermanas.

Los años pasaron como si se tratase de una broma. El espejo del baño fue reflejando un hombre cada vez más viejo, más trastocado, más sufriente.

Ayer tomé mi saco negro por primera vez desde el funeral de mi padre. Hoy es su décimo aniversario luctuoso. En su bolsillo frontal, a manera de honra, dejé sus últimas palabras. Decidí que era apropiado releer aquella carta coherente. Me iluminé con una intensidad que podría aluzar la ciudad entera. Este domingo es el reinicio de mi escritura.

Comimos juntos en casa de mis padres como cada año después de su misa. Mientras servía el postre me atreví.

—Renuncio a mi cargo en la empresa familiar. Me voy a vivir a la casa de campo de papá. Está en venta mi departamento de lujo— dije en un esbozo de dicha.

Los cuñados, aves de rapiña, no tardaron en sentirse cómodos en mi oficina. Mi madre y mis hermanas siguieron con su dote de estabilidad mensual.

Bastaron un par de semanas para recuperar mis letras olvidadas bajo las carpetas y poner todas mis pertenencias en tres maletas y conducir fuera de la ciudad a esa casa que desde sus ventanas te regala los cerros azulados más puros.

Ahora sí que voy a tener tiempo de hacer lo que quiera. Me sentaré bajo el sol de las doce a escribir

con mi taza de café negro en la mano derecha y mi cigarrito sin filtro en la mano izquierda en honor al primer lector de este escritor que está por emerger...

Vestida de sol

Soy pequeña, mi silueta ni siquiera debe alcanzar a formar una sombra de un metro; chiquitita me dice mi madre honrando mi cariño. Mimada soy y estoy. Brinco de alegría sobre mi cama. Mi cama, mi cuarto, mi casa, se sienten más amables porque hoy estoy feliz. Me observo frente al espejo con mi nuevo vestido amarillo, amarillo y luminoso como el sol, aunque no tan dorado, pero amarillo al fin. Tiene dos listones que han de atarse formando un moño sobre mis estrechos hombros, moñuda y enmoñada ando por el pasillo desfilando el par de moños que se deslizan hacia abajo por mis brazos y otro par en las trencitas que me tejíó Margarita en la mañana.

Mi vestido baila a mi compás, vuela libre entre mis piernas y soba mis rodillas casi con cariño. Es mío, tan mío y yo de él. Somos uno ahora.

Mi madre me lo dio iluminada, contenta de contenta, orgullosa de conocer mi exacto gusto y yo adoro este vestido por todo: su color, su textura, su flor blanca bordada en la falda, sus listones coquetos que pueden ir atados o sueltos, pero sobre todo por el amor con el que me fue entregado.

Presiento que las horas, los días y las semanas que vienen lo portaré con la misma ligereza que hoy, sintiéndome más bella cada nuevo amanecer que vuelva a brillar el sol casi tanto como mi divino vestido amarillo.

Reencarnación

Lorena soñó con la voz de un querubín. Habló en su oído con una dulzura tan pura que no podría tratarse de nada más que un mensajero del amor que ansiaba: el de un hijo.

Los ciclos pasaron sin noticias de que su vientre formara casa para dar abrigo durante cuarenta semanas a la creación propia. Cada mes, con la sangre desbordante y la cueva de agua vacía, las lágrimas se hacían más gordas y calcinantes; la esperanza dejó de alumbrar los sueños de mecer entre sus lunas al sol de su vida.

Tanto intentó descifrar el mensaje de aquel ángel pequeño, que el marido creyó que la última cordura se le había ido por el desagüe con la menstruación coagulada.

“Para tu cumpleaños” en su mente resonaba. Faltaba sólo un mes, ¿podría ser la vida tan amable de hacer ese regalo?

Adrián vivía en una casa deshecha por los años, la viudez la cargaba en el cuerpo hacía más de dos décadas y los hijos hace mucho que los había perdido en otros países que les ofrecían mejores sueños que el propio. Cuidado por un enfermero, esperaba con poca ilusión el día que la muerte lo llevara hacia el famoso lugar “mejor”.

Alguna noche de luna menguante, mientras sus ojos no podían rendirse ante el sueño renovador, escuchó la voz de un ángel hablarle. Primero pensó que era su querida Lucía, pero sabía mucho más que ella, tenía que ser alguien más. Desde niño soñó que vivía en un futuro que no reconocía con una mujer que lo adoraba por el simple hecho

de ser. Algunas veces confundió a su mujer con esa promesa, pero le faltaban los ojos redondos y las manos rosadas, suaves como flor de abril.

Sintió la locura adueñándose de su febril cuerpo, que comenzaba a despedirse en un intento de infección que ya no sabía en qué parte de su cuerpo vivía. Entre sus delirios, la veía: era hermosa, sus minutos se morían en la contemplación de su presencia; él también la miraba con intenso amor y ganas de abrazarse a ella todas las noches.

Adrián se fue un sábado once de septiembre a las tres de la tarde. Sus hijos, ninguno, lograron tomar algún vuelo que los reencontrara. Murió solo, como lo estuvo casi toda su vida y se fue feliz porque cuando más negro se puso su miedo, el rostro de la mujer más blanca alumbrando su camino, se presentó para mitigarle los dolores.

Contó los días en el calendario y se sintió dichosa porque la ovulación sucedería la mañana siguiente: domingo doce de septiembre. Miró a su marido con profunda añoranza, y le prometió las estrellas en la misma noche nublada. Se amaron como siempre lo hacían: entregados, cómplices, confidentes, amables. La mañana llegó con el alba en sus pestañas y sus ojos fijos en el amor creado.

Adrián sintió la adrenalina de la vida que se le acababa de agotar y la nueva que el querubín le había entregado. Serás amado, es tu recompensa por tanto bien entregado, escuchó mientras se deslizaba en una resbaladilla de agua cristalina y energética. Cayó en un mar de júbilo nadando con ligereza y armonía. Sentía la paz de las montañas en época de lluvia. Inmerso en un líquido vital que lo mecía entre suaves oleajes, escuchó la voz de la mujer blanca.

Llevo el mar dentro de mí. Estoy segura de que es varón. Dijo Lorena el día de su cumpleaños a su marido, confirmando el primer mes de embarazo.



LAURA SALINAS

Nace y vive en Veracruz, Ingeniera de profesión, con interés en el arte, desde la música, la fotografía y la escritura.

La coleta de caballo

Como si tuviera vida propia, camina la coleta en la calle, en la escuela, en el parque, en la casa de la abuela. Ondeada cuál bandera en el viento, cuál serpiente se desplaza en el verde pasto, en la arena, en el mar.

Diario se ve pasar por el mismo camino la coleta, castaña, larga y ondulada. Asiste a clases, se sienta en el comedor de la casa, descansa en el sofá frente al televisor, y finalmente a la hora de dormir desaparece como nube en el cielo, se desvanece y yace sobre la almohada, como espuma sobre el mar.

Amanece y despierta despeinada, despejada, descansada, con un toque de alegría, como sabiendo que es un nuevo día, se refresca en la regadera, se perfuma y aparece nuevamente la coleta en el espejo, lista para un nuevo día, para recorrer galopando la calle, la escuela, el parque y la casa de la abuela.

Maya

Todos los días desde hace un año, algo pasó, pero he sido más feliz, veo a mi papá y a mi mamá diario en casa. Desde temprano estamos alerta, les aviso con mis ojos que tengo sed y quiero comer, luego que me abran la puerta, necesito salir al patio, es una necesidad, no hay mas.

Lo malo de todo esto es que se dan cuenta de todo, desde que están aquí, me han vacunado ya dos veces, me sacaron sangre, ni cuenta se dieron si me dolió o no, porque me quedé sola con la doctora. Me operaron, no supe porqué, si me habré portado mal, si no he mordido años, tiene años que no muerdo nada, desde que me compraron mi ranita, mi osito, no, desde antes, creo que desde que era cachorra, no entiendo entonces porqué. Primero me llevaron, yo iba muy contenta, con mis ojos redondos y café como canicas, brillaban de alegría, pensé que iba de paseo!! Pero no! No fue así, llegamos a un local, me llevaron cargando, la mesa estaba muy fría, pero mi cargaron, me tomaron peso, me revisaron, me tocaron la cabeza, las orejas, mi vientre, me revisaron mis patitas, mis ojos, mi boca, mis dientes. Y después, se acercó una jeringa, eso no me dolió, nunca antes me habían sacado sangre, pero eso no era lo peor, lo peor vendría después, días después, noches después. Cada que salían en el auto, me alegraba, movía la cola, mis ojos como canicas brillaban, mostrándoles mi alegría por ir a pasear, pero oh no, de nuevo me engañaron.. nuevamente ese consultorio, esa doctora, ya no la quiero ni ver.... Cuando me di cuenta, estaba sola! Después me pusieron una

inyección y ya no supe mas de mi, desperté en una jaula, nunca había estado en una, eso no me gustó... pero además tenía algo en mi vientre, o no lo tenía? No lo sé! Algo extraño sucedió, pero lo bueno de todo esto es que me compraron una latita de comida, de la deliciosa pastita, que me duró toda la semana, fue una? O dos? No recuerdo, pero esos días pude hacer todo lo que quise sin recibir regaños. Esa fue la mejor parte, creo, aunque nunca supe que pasó, ¿qué hice? O porqué me llevaron.

El librero

No sabría decir exactamente cuantas libretas tengo, pero todas y cada una de ellas las compré pensando en escribir, unas mas pequeñas, otras mas grandes, más delgadas, y más gruesas, algún dibujo seguramente me será de ayuda para avanzar con mi escritura, pensé, pero no ha sido así. Mi idea era comenzar con un diario, escribir cualquier cosa, pero de forma constante, cada día. Así, mes con mes, año con año, fui acumulando esas hojas blancas, otras color hueso, de rayas, de puntos y en blanco, con pastas delgadas, con pastas duras, lisas y con estampados diversos. La mayoría de ellas están como nuevas, solo unos dos o tres las comencé a utilizar pero nunca ocupé todas sus hojas, ni a la mitad llegué, las cargo en bolsa, una por temporada, dos o tres ideas plasmadas junto con fechas, recordatorios, las citas médicas, cuentas para no olvidar esos números. De traer la libretita en la bolsa del diario, se maltrató su portada, algunas esquinas dobladas, me sirven para guardar los tickets, papelitos, hojitas del árbol. Lo peor del caso es que sigo pensando que las libretas me ayudarán, continúo comprándolas, buscándolas, deseándolas. Es como una adicción, pareciera que nunca será suficiente, pareciera que la siguiente es la que me ayudará, es la que me guiará, la que me despertará la escritora interna.

Beatriz

Nació en el puerto de Veracruz el 29 de julio de mil novecientos veinticinco, vivió toda su vida ahí. Se casó con Laureano, panadero. El oficio de "Bechi" como le llamaban de cariño, era ser ama de casa, crió nueve hijos y algunos tantos nietos y sobrinos. Siempre serena, siempre fuerte, siempre poniendo en su lugar a quien consideraba necesario. Poseía un gran sazón, en su cocina tenía una mesa larga, mesa en la que se disponía diariamente a preparar los alimentos, cocina que siempre olía a frijoles recién hechos, y por las tardes a pan recién horneado. Cada día una sopa, un guisado diferente, siempre ricos, siempre impregnando la casa rosada de sabores y recuerdos. Por las mañanas escuchaba la radio, las noticias, las radionovelas, y la música. Aunque nunca la vi bailar, no tengo recuerdo de eso. Usaba primero unas trenzas largas, después con el tiempo, dejó de hacerlo, se cortó el cabello y así lo traía, a veces canoso, a veces rosa. En sus últimos años lo recuerdo blanco, su cabello reflejaba su edad, pero la piel morena en su cara no, no recuerdo arrugas, pero si que usaba una dentadura postiza que en las noches guardaba en un vaso junto a su cama. Su cama de estructura metálica verde agua, grande, bien vestida con una colcha. En su cuarto había un cuadro, que parecía que te seguía con la mirada, era el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, en colores rojo, verde, azul, si entrabas o salías del cuarto, se sentía que los ojos del retrato te seguían, no podías escapar de su mirada.

En algún tiempo tuvo gallinas y patos en su patio trasero, había que darles maíz para comer y agua, tenía árboles de aguacate y mango, arbustos de hierbas de olor, casi todo servía para ocupar al cocinar los sabrosos guisados: el delicioso mole de olla, el caldo de pollo, de res, la sopa de fideos, el mole verde, el mondongo, los bisteces empanizados, el blanco arroz!! Tampoco podía faltar en su cocina el agua de sabor, de limón, de jamaica, de papaya, y en las tardes el café de olla, la mezcla de olores inunda mi memoria. La "micha" con frijol, no podía faltar como merienda.

En la cuadra todos la respetaban, le llamaban "Tía", "Tía Bechi", los cumpleaños, los fines de año, navidad, los vecinos, algunos familiares que vivían en la cuadra, siempre pasaban a felicitarla, era como una caravana de saludos y palabras, de besos y abrazos.

Falleció un 29 de marzo de mil novecientos noventa y seis, mismo día en que nació, pero diferente mes, semanas antes había estado enferma y hospitalizada, su cuerpo no soportó los tratamientos y cirugía necesarias para su tratamiento, o tal vez se rindió, su mente no procesó que de ese día en adelante dependería de alguien más, con un pie amputado, pie que no quería dejar ir.

Yo no la vi, pero si veía y sentía la tristeza en los rostros de mi madre, de mis tíos que estuvieron con ella.

Su sepelio fue, tal como las demás festividades, una caravana de vecinos, de primos, de tíos, de amigos, conocidos y desconocidos, de la ciudad y fuera de ella, de saludos y palabras de despedida, de recuerdos, de besos, abrazos y de lágrimas.

El día

Es de noche, abro los ojos, no se ve nada, ¿qué es esto? insomnio, pensé, nuevamente, pasan las horas, abro los ojos nuevamente, y amaneció, como cualquier otro día, abrí los ojos y estaba ahí, acostada sobre la cama, la misma de hace años, el techo blanco, la pared blanca, la persiana no dejaba ver hacia afuera, bueno, ese era su propósito, no permitir que el sol entre al cuarto. Muchas ganas de abrir la persiana no tenía, pero eso no era nuevo. Siempre igual, despertar, pararse, abrir la persiana, tender la cama. Después de eso, era el momento de bañarse, mirar el reloj, para tratar de acostarme de nuevo, pero no, el tiempo pasa, ya no da tiempo de nada, hay que bañarse! como cada día, como si fuera posible que un día no me bañara, ¿qué pasaría? nada seguramente, pero no me puedo permitir eso, pensé. En fin, arreglarse, cuál si fuera esa caricatura, donde el personaje abre su closet y encuentra muchas camisas iguales, mismo color, muchos pantalones iguales, nada diferente, siempre plano, siempre en tonos grises. Nada fuera de lo común, no llovía, pero tampoco hacía mucho sol, no soplabla el viento fuerte, nada que recordar particularmente, un día como cualquier otro.

Tomo mis cosas, las subo al auto, cierro la casa, abro el portón y salgo. Siempre girando a la derecha, es la única forma de salir, aunque quisiera, no podría girar a la izquierda. Avanzo hacia la calle, tratando de esquivar los baches, los mismos de hace años, mas grandes tal vez o mas

profundos. Aquellos que tapan y vuelven a salir, negándose a dejar de existir. Luego los topes, en un kilómetro de recorrido, 3 baches y una serie de topes, no alcanzo a comprender la terrible broma del destino. Media hora mas máximo y estaré en el trabajo, pensé. La hora pico, la misma hora de lunes a viernes, una fila de autos por delante y otra por detrás, mas o menos 5 semáforos, casi siempre en rojo, esperar otra fila. Pensando siempre que no exista un accidente, al menos no uno que detenga más el tráfico. Pensando siempre que no llueva en el camino, si eso sucede se inunda la carretera y el tráfico se vuelve más lento todavía, como aquel disco que podías poner a varias revoluciones, y jugando ponías la mas lenta y luego la más rápida porque te daba risa. Aunque, esto no da risa en ninguno de los posibles escenarios.

Finalmente, llego al trabajo, saludo en el pasillo al primero que se atraviesa en mi camino, y sigo caminando hacia mi destino, me siento, comienzo el día laboral, diez llamadas, cuarenta mails, cinco reuniones, al menos cuatro tazas de café o té, dos litros de agua y alguna comida chatarra de la maquinita para cerrar el día.

¿Cuántas horas han pasado? no lo sé, más de seis y menos de diez seguramente.

¿La comida? ni por mi mente pasó, tanta monotonía quita el hambre, apaga el espíritu y las ganas hasta de comer. Salvo por esas tazas de café que te mantienen despierto, lo suficiente para poder responder, contestar, pararte a las reuniones y saludar amablemente. Eso y las galletas que te invitan los compañeros.

La casa

Mi abuela me lo había contado, no una, ni dos, ni tres, sino todos los días desde que la conocí, o más bien, desde que nací y tengo uso de razón. Mi madre me contaba que en efecto, desde que estaba en la cuna, ella siempre se sentaba junto a mí y murmuraba, lo hacía tan bajito, que su murmullo me arrullaba hasta quedar dormida.

Cada ocasión había algo distinto en su relato, a veces era de día, a veces de noche, unos días llovía tanto que no era posible ver nada más allá de dos centímetros de la nariz, el ruido de las gotas sobre el techo de tejas casi no dejaba escuchar el relato, el olor a tierra era tan real que despertaba más recuerdos en mi mente, otros días había un calor exasperante casi a punto de no poder respirar, se podía sentir que no corría el aire, que el calor entraba por la nariz y recorría los pulmones hasta que lo exhalaba casi sin querer hacerlo, el aire caliente quemaba mi respiración.

Afuera había un caballo, un borrego, tres gallinas, 8 perros, 7 gatos, 4 cotorros y 20 palomas, árboles de mango, de aguacate, de papaya, de nanche, era un edén. Otras veces simplemente no había nada, un desierto, arena, sol, nada alrededor.

Cuando lo contaba desde dentro de la casa, era una historia totalmente distinta, que cuando lo contaba desde afuera de ella. Ciertamente me costaba trabajo seguir en la mente la historia que ella contaba, era como un laberinto, del cual no se podía salir una vez que entrabas, pero que te atraía tanto que era necesario ingresar cada día como un

reto, un reto a ti mismo cuya recompensa final era saber hoy mas que ayer, descifrar cada pista, cada color, cada evento, cada gota de lluvia. Todo hablaba de cierta forma, todo dentro y fuera tenia algo que contar.

La misma casa, cada historia era de un color, olor y sabor diferente, inclusive tenía mas o menos ventanas, mas o menos puertas, mas o menos cuartos, a veces techo alto con grandes candelabros, otras veces un simple foco alumbraba cada estancia.

Al principio pensé que eran historias diferentes, que yo me estaba confundiendo, que la abuela era la Sherezade de la familia, que esa era su misión, que era una necesidad cambiar algo en la historia cada vez, que lo hacia para que pareciera mas interesante, para poder seguir contándome esos relatos sin que pudiera rechazarlos. Pero no, era la misma historia, la misma casa, como si se estuviera viendo a través de un prisma, refractando en múltiples historias una misma, una original, la única, con muchas caras de una misma verdad.

Con el paso de los años fui creciendo y fui entendiendo que aquella era la misma casa, vista a través de los ojos de las diferentes generaciones de la familia de mi abuela, la casa crecía, se encogía, se alargaba, se ensanchaba, a veces brillaba, a veces era gris, otras veces olía a pastel, otras a flor de muerto y veladoras. Las estaciones, las generaciones pasaban y se quedaban, avanzaban y la casa lo tomaba como suyo, la enriquecía, la impregnaba de todo y de nada. Finalmente comprendí, al morir mi abuela, que era mi turno de ser la narradora, pero también de ser la protagonista, porque la casa, siempre fue la misma, la que habitaba donde crecí, los que cambiamos siempre fuimos nosotros.

Palmera

Todo comenzó con un pequeño espacio que pensaría sería un jardín, metro y medio por cuatro de pasto, con una palmera de escasos metro y medio desde su base de un lado del mini jardín. Desde el principio pensé que crecería, y me imaginaba como se vería con gran ilusión. Año con año, el pasto a veces crecía, sobre todo cuando era época de lluvia, pero en época de calor se secaba. Cada fin de semana el mismo tema: ¿quién limpia el jardín? ¿quién corta el pasto?

La mayoría de las veces terminaba siendo yo, al paso de los años decidí quitar ese “pasto” que de verde y pasto no le quedaba prácticamente nada, solo servía para que los ratones y cucarachas se escondieran en las noches, y para que las perritas los persiguieran hasta cazarlos. Año con año llené el pasto con macetas de plantas y flores, algunas vivían otras morían, pero siempre la palmera permanecía erguida, café y verde. Un año a un grupo de abejas se le ocurrió hacer su panal en una rama de la palmera, fue maravilloso ver cómo fue creciendo, cómo trabajaban y cómo era perfecto. Debo confesar que desde que nos mudamos siempre temí encontrarme un día una serpiente en ese pasto, y ¿cómo no? Si junto de la casa había un terreno baldío, y en la acera de enfrente, a pesar de haber dos casas, había mas terrenos baldíos. El temor vivía en mi pensamiento, tanto así, que colocamos un borde en la puerta de la calle para evitar que entrara algún bicho rastrero.

Piso pondré pensé, lo pensé un año hasta que me decidí, luego el dilema, ¿se pondría el mismo piso que el

resto de la cochera? ¿o diferente? finalmente cedí, mismo piso será. Un fin de semana, nuevamente, por que era el único espacio en la agenda de la semana en el que podía hacer algo, fuimos elegimos y compramos el piso, contraté para colocarlo y finalmente lo llegó el día y sentí que mi mente descansaría del dilema de cada fin de semana : ¿quién podará el pasto?. Ahora el dilema en ese momento fue, y la palmera? Ya para ese entonces media mas de 3 metros, por supuesto que no pensaba deshacerme de ella! Es mi vista, es mi naturaleza de la casa, es la casa! Llegaron los trabajadores, y primera pregunta “¿qué hacemos con la palmera?” La palmera me la dejan, fue mi respuesta. “le dejamos un círculo o un cuadrado alrededor para que crezca”, un círculo por favor. Y así fue, finalmente quedó un piso café, desapareció el espacio verde-tierra, desapareció el dilema de cada fin de semana, desapareció el temor las posibles cucarachas y los ratones, desapareció el miedo de las serpientes que podrían llegar del patio baldío.

Permaneció mi alegría de ver una palmera justo al abrir la puerta, lo primero que veo al salir, la que me sirve de escenario para tomar las fotografías a mi familia, la que ha crecido tanto que la veo desde la calle y desde la terraza. La que siempre tuve en mi imaginación desde que la planté con mis propias manos.



Jael MINJAREZ VICTORIO

Es una apasionada promotora de lectura, romántica lectora de poesía y eterna curiosa de las preguntas que nadie se atreve a hacer. Una voz necesaria y oportuna para estos tiempos en los que las mujeres buscan reinventar su lugar como persona, pareja, madre, hija, hermana, amiga y ciudadana del mundo

Su voluntad por escribir nace de esa búsqueda de encontrarse en las palabras. Viene y va compartiendo la lectura, sus propias lecturas con quien se deje, conversando,

creando nuevos sentidos en común para existir con los demás y entenderse un poco más.

Ha sido maestra de literatura, tal vez su primer acercamiento como promotora de lectura, aprovechando a su público cautivo de estudiantes. Pronto descubrió el placer de hacerlo sin condicionar a nadie para obtener una calificación y tal vez compartir con los demás un verdadero placer.

Actualmente participa como voluntaria generosa y profesional en una asociación civil que promueve la lectura en, Playas de Rosarito, donde conduce una biblioteca móvil en la que llevan libros a distintas comunidades. Guía clubes de lectura y cada semana la esperan ansiosos un grupo de niños y niñas de orfanato a quienes les lleva lecturas en voz alta, una respetuosa charla entre iguales y libros en préstamo.

Este es su primer trabajo publicado, el primer ejercicio que de modo valiente sale a la luz para ser leído por otros y avanzar en su camino como lectora/escritora.

Jael es de naturaleza y profesión comunicóloga, así que escribir y publicar de esta manera, además de hacerlo continuamente en redes sociales, es otra dimensión de su experimento y voluntad de seguir preguntándose cosas en “voz alta”.

Marcela Félix

Noticias

Mi hija entró a mi cuarto, yo, estoy acostado como siempre del lado izquierdo de la cama; es muy raro que yo esté aquí, no había entrado a este cuarto desde hacía muchos meses atrás, incluso no sé si hasta sean años.

Llega muy emocionada con unos periódicos en la mano, se sienta y me dice:

—¡Mira, papá, salió publicado en varios periódicos sobre tu muerte! La veo desconcertado, no le digo nada, ahora entiendo la razón por la cual yo ya no había entrado aquí.

Crujiente

Mi jefa no entiende mis curas, ya sabe que rayo paredes y puentes. Durante meses estuve escondiendo los botes de spray, y esos fueron los que hicieron que me cachara, porque compré unos que me dejaban las manos bien manchadas y no era fácil quitar la pintura.

El día que me vio con las manos pintadas me dijo:

—¡Chamaco cabrón, a mí no me haces pendeja, ya sé que andas de pinche grafitero

Sólo eso me dijo, la neta mi má es chida y ella sabía que lo seguiría haciendo aunque me castigara.

La raza siempre nos anda criticando, dicen que nuestro grafiti no tiene sentido, pero sí lo tiene para nosotros; aparte, son unos hipócritas, bien que las pinturas rupestres hasta las ven como arte, ¡ah, pero lo que nosotros hacemos vale pito!

Lo más curada es grafitear puentes, porque ven tu placa un chingo de gente. Esa noche, me acompañaron dos morros que casi nunca iban conmigo, pero ese día pudieron ir, la Jessica y el Chuy, viven por mi cantón.

Nos fuimos ya cuando estaba oscuro, tampoco tan noche, porque es más fácil que te tuerzan en la madrugada que cuando apenas se hace de noche. Fuimos a un puente que está por mi casa, está muy alto, abajo de él pasa la gente que va o viene de Rosarito; es la segunda vez que rayo ahí. El puente tiene un borde donde puedes pararte, está muy chiquito, pero poniendo las patas de ladito no pasa nada.

La Jessica está muy asustada, porque como es sábado, pasan muchos carros, el Chuy está más relax, el trae los botes y me los va pasar. De repente, la Jessica empieza a gritar como loca:

—¡Ay no, ay no!

¡Y, yo! ¡Que me caigo del puente y me estrello como un vaso en el piso!

Y como ya les dije, pasan muchos carros en sábado y ahora empiezan a pasar encima de mí, mis huesos empiezan a crujir, jamás imaginé estar tan crujiente.

Mazapanes

Si hay algo que me caga, es la gente que vende, baila o pide dinero en la calle. Porque además de estorbar, distraen y uno a veces no alcanza a mirar a tiempo el cambio de luz del semáforo.

Rumbo al trabajo hay un señor que vende mazapanes, él, sobre una silla de ruedas, su sonrisa y su cajita siempre en ese semáforo. Digamos que en sí, él no me molesta, porque siempre está con su sonrisa y no con su cara lastimera como otros, rogando que les compres o les des.

Hubo un día en que cayó de mi gracia, me hizo encabronar un chingo, un día que pasé por ahí, lo miré, ¡parado! Cuando se supone que no puede caminar. ¡Estaba con sus dos pies sobre el piso! Parece que le pedía un favor a un vato unos carros adelante del mío. Me fui de ahí emputado, incrédulo. Pensé: con razón siempre está sonriente, su incapacidad no existe. Ese día que lo miré, el cabrón me vio también, qué casualidad que pasaron días y no se aparecía con su sonrisa y sus mazapanes por ese semáforo. Me encargué de quemarlo con mis conocidos. Y sin más ni más volvió a aparecer, esta vez lo miré bajarse de su camioneta, cuando justo se sentaba en su silla de ruedas y se quitaba sus piernas de plástico, ¡sus prótesis! Que por cierto, el día que lo miré parado, no alcancé a ver.

Las musas no existen

No tengo miedo de escribir ¿o sí...? Lo que me da miedo es hurgar en mi alma, escarbar y que salgan miserias, podredumbre (¡cómo me gusta esta palabra!); porque todos estamos llenos de eso. ¿Alguien quiere leer miserias y podredumbre? Mejor decido que debo escribir sobre lo que veo fuera de mí, no dentro.

Todos los días me asaltan ideas sobre qué escribir, tal vez: sobre el señor que fue amable conmigo sin conocerme, o de la vez que soñé con mi papá muerto y en el sueño le contaba que en los periódicos se había hablado sobre su muerte, o de una tarde en la playa con alguien que recién conozco y creo amar. Pero luego pienso, todo eso es tan común y además no sé cómo decirlo, escribirlo. Escribirlo bonito es lo difícil, ya que quiero que suene como a un poema hermoso, aunque no lo sea.

Para colmo, una profesora de escritura me acaba de decir que no existen las musas inspiradoras, y yo que ansío tanto ser una musa inspiradora. Hace no mucho escribí que sería muy bonito ser la musa de algún escritor y ahora esta profesora me dice que estas no existen. Y como yo desde la primaria respeto lo que dicen mis profesores, pues le creo. Como ocurría con todo lo que el profesor Fernando me decía en la primaria; recuerdo siempre llegar a mi casa diciéndole a mi mamá o hermana: “es que el profesor Fernando dijo tal o cuál cosa”. Para mí, su palabra era ley.

A veces, también creo que debería escribir sobre el episodio más telenovelerero que he vivido, pero no conviene,

o al menos no para una novela formal, de calidad literaria. Creo que esa historia queda más para una telenovela.

Las historias para contar son lo de menos, lo que más me cuesta trabajo es accionar, tan sencillo como sentarme y escribir. Y luego, ¡lean, qué poco escribo, ni una cuartilla termino!

Los tendederos

¡El tendedero, el tendedero es la llave!

¡Sí! La llave que abre el portón, después la puerta de la casa y luego la de la recámara!

Pensarán que esto que les contaré es muy exagerado, pero no lo es. Nada de lo sucedido me consta. La verdad es que todo esto me lo contó mi mamá, yo era muy pequeña para recordarlo. Aquí va la historia:

Mi abuela amaba lavar ropa, mi abuela amaba tender ropa, amaba los tendederos ordenados. De sus tendederos colgaban: calcetines, calzones, camisas, pantalones y vestidos, acomodados de menor a mayor tamaño. Seguro ella tenía lo que hoy nombran como, “Transtorno obsesivo compulsivo”, pero ella lo ignoraba.

Lo importante aquí es que dicen que en esos años mis abuelos tenían una vecina muy “delicadita”, más que las uñas recién esmaltadas. Y esta señora siempre que se topaba con mi abuela le echaba una mirada de pistola, pero con mi abuelo era todo lo contrario, era un dulce, un dulce amargo en realidad. Recuerden, yo no vi nada de esto.

Los años pasaron y mis abuelos murieron, pero no sus historias para contar. La vecina vivió muchos años más, pero era de esas personas que viven sin vivir por estar al pendiente de las vidas de los demás. Una recién amiga mía la conoció, resulta que vivían en el mismo lugar de departamentos, este lugar tenía tendederos en el patio, dos para los tres departamento que eran. Mi amiga me contó que esta señora nunca usaba los tendederos y en una ocasión que

platicó con ella en el pasillo le dijo que eso de los tendaderos era para gente “naca” y de “vecindad”.

Cuando escuché lo anterior quedé boquiabierta, até cabos y caí en cuenta que esta señora y mi abuelo tuvieron un romance prohibido. Era muy sencillo descifrar tal cosa: mi abuela amaba los tendaderos, la vecina odiaba los tendaderos y, mi abuelo, amaba a las mujeres.



ARACELI ZÁRATE

Araceli coleccionaba palabras cuando era niña; sí, palabras.

En una pequeña libreta anotaba todas las palabras que le gustaban; suaves, como la “seda”; o ligeras como las “alas”. O palabras extrañas y fuertes, aunque no entendiera su significado, por ejemplo: “rotores” y “estatores”, “cigüeñales” o muebles de “melamina ponderosa”, premio estelar en la tele con Chabelo.

Cada vez que su abuelo iba al taller mecánico, la nieta favorita le suplicaba ir con él; por supuesto el abuelo

pensaba que seguramente tendría una nieta ingeniera mecánica automotriz, o piloto, (él amaba los aviones) o por lo menos ingeniera industrial. No se imaginaba que lo único que le interesaba a su despistada nieta era encontrar nuevas palabras.

Hoy adulta, muy adulta, Araceli sigue pensando que las palabras son bellas, son fuertes, son el camino para encontrarse a sí misma. Ojalá se encuentre en ellas y colecciona palabras y sentimientos.

¿A qué te sabe el danzón?

Alguna vez te has preguntado ¿a qué te sabe el danzón? O ¿a qué te huele? A mí me sabe a agua de mar, me huele a salitre, a una mezcla de arena mojada, sal y pescado.

El danzón me sabe a Veracruz.

Y la razón es simple; me anteceden dos generaciones que nacieron en Tlacotalpan, Veracruz,

Así que, como te podrás imaginar, crecí entre cuadros con paisajes marinos, colección de muñecas vestidas de jarochas, mecedoras en la sala, hamacas en el jardín, arroz con plátanos fritos, frijoles tirados, gorditas jarochas y siestas por la tarde.

Las reuniones familiares eran un concurso para saber quien hablaba más fuerte, quién decía más groserías, bueno, para mí, una buena niña poblana santa y devota, eran grandes groserías, pero las decían con tanta naturalidad y gracia que aún hoy me hacen sonreír.

Mi abuelo tocaba el acordeón, mis tíos la jarana o la guitarra. Creo que la música, la lectura, el tejido y contar historias eran los pasatiempos favoritos en mi familia.

Después de las comidas, ya en la sobremesa, escuchando boleros, sones, danzones, los hombres se iban a la sala a fumar un buen puro y a tomar anís para la digestión. Las mujeres se iban a la cocina a platicar, a lavar y acomodar trastes, también para la digestión.

Fue en estas reuniones y largas e interminables charlas con mi madre y mi abuela que conocí y viví en Tlacotalpan.

Caminé entre sus casas pintadas de colores. corrí entre los arcos del centro. Miré a través de las ventanas los muebles tallados en cedro, adornados con carpetas tejidas a gancho y comedores con sillas de bejuco.

Conocí las bondades del Papaloapan y también sus maldades, sufrí con ellas las inundaciones en la que perdieron casi todo, cerraba los ojos y me podía imaginar sentada en el ropero rescatando a mi muñeca del agua, había una foto de mi madre sentaba a lo alto de un gran ropero abrazando su muñeca, en medio del agua, y aún así sonreía a la cámara.

Desfilé en la Mojiganga, junto con todos los niños, bailando y saltando al ritmo de la banda de música, con figuras de cartón o de papel, de becerros, de calaveras o de mariposas, (las mías), todo para alejar a los malos espíritus. Después corríamos perseguidos por alguna vaquilla simulando la pamplonada de los adultos.

Al otro día desfilaba de blanco, una falda amplísima de tres olanes, una flor roja en el pelo, aretes largos y un abanico, caminaba en procesión detrás de la virgen de la Candelaria, y acompañándonos la música de la banda naval y jaraneros, nos embarcábamos para sugerirle al río, suplicarle al río, que no se enoje, que esté calmado, que nos permita disfrutar de un buen fandango, que nos permita disfrutar la vida.

Después, para descansar, me sentaba a la entrada de la casa en la mecedora, joya de la familia, pues fue hecha nada menos que por el mismísimo Porfirio Díaz, en la época en que estaba alejado de la milicia, se refugió en Tlacotalpan, dedicándose a la carpintería.

Este detalle tan simple me hacía sentir parte importante de la historia.

Qué suerte los que tenemos o tuvimos a quién escuchar, viajamos a través del tiempo y no sólo vemos lo que vieron sus ojos, sino que sentimos lo que ellos sintieron, vivimos sus recuerdos.

Me hubiera gustado preguntarles si fueron felices, si encontraron aquí lo que buscaban, ¿se arrepintieron alguna vez de haber dejado su querido Tlacotalpan en busca de mejores oportunidades en ésta “gran ciudad”?

Las preguntas se quedan flotando en el aire, mezclándose con las notas de una canción tocada al ritmo del danzón, se escucha a lo lejos y adivinando mis pensamientos y cantando a dúo con ellos, repite... “Veracruz, rinconcito donde hacen su nido las olas y el mar...”

Triste día en la calle de la portería de Santa Clara

Llegó ante mí Juan Pita, con sombrero en mano:

—Sus armas Señorita

—Estamos desarmadas

Mirando mi hombro sangrando me dice:

—Usted está herida

—No es nada —le contesto—, la curo con saliva

No quería decirle por orgullo y por coraje que la herida del hombro no era la que dolía, dolía la del corazón, luchamos con todo, la gente afuera se escondió, cerraron sus puertas después de asomarse, yo gritando desde el balcón:

—Poblanos, los que están allí van a morir por el pueblo, vengan a ayudarles!, ¡Viva la República!

Ahí fue cuando recibí un arañazo de bala, no me importó.

Luchamos durante varias horas y al quedarnos sin parque, Maximo y todos los que defendían en la azotea de la casa, habían caído, no quedó otra más que rendirnos.

Ya en la cárcel de la Merced, en tres días no comí, ¿y cómo iba a hacerlo? No sabía el destino de mis hermanos, ni el de nosotras mismas.

Nos sacaron de nuestras celdas para declarar, al caminar por los pasillos, los soldados nos dijeron:

—¡Volteen a la derecha!

Yo por contrariar, volteé a la izquierda.

Pero Filomena obedeció, y al mirar a la derecha se desvaneció

Ahí estaban, al ras del piso, sobre una camilla cubiertos de sangre, con la cabeza reposando en unos ladrillos, mis queridos, mis amadísimos hermanos: Máximo y Aquiles...

Mi mente se resiste, los revive, los levanta;

Máximo, el más pequeño, jugando en el patio, Aquiles estudiando, golpeando en el escritorio proclamando sus ideales de paz, de justicia, de igualdad, me veo comiendo en la mesa con todos, en el mismo mantel que ahora yace en la casa con sangre de Aquiles.

Yo, cuidando a mi hermanito, leyéndole poesía, jugando con él, mimándolo

Veo a Aquiles cuando se enlistó en la marina, ¡que amarga despedida!

La fuerza, la entereza, solo son bastones para unas almas rendidas y dobladas por el dolor, almas de madre, de hermana, de esposa.

Los despido, mis valientes, mis hermosos hermanos, aquí me quedo, seguiré luchando, y no me importará morir, igual que ustedes, la libertad, lo que defendemos serán nuestro legado.

Su querida hermana: Carmen Serdán

Un suicidio bien planeado

De algo estaba seguro, ya no quería vivir, apenas tomaba conciencia de esta verdad, su vida era un abismo profundo. Siempre fue un hombre solitario, pero esta vez su soledad era insoportable. Abandonó su empleo, abandonado por su esposa, quien ya estaba abandonada mucho antes, no tenía ningún motivo para seguir respirando, para seguir viviendo.

Caminaba lentamente, arrastrando los pies, tomando el rumbo que la gente le empujaba a tomar, invisible a todos. Tenía la tristeza anquilosada en cada parte de su cuerpo y de su alma, sus movimientos eran lentos y estaban sincronizados con sus pensamientos. Sus días parecían una secuencia en cámara lenta, sabía que sólo era cuestión de tiempo para esperar y estaría dormido para siempre.

Sin embargo ese día se levantó con una idea, tenía que buscar la forma de acabar con esta vida muerta, rápido, sin largas esperas o agonías lentas.

Trató de comprar un arma, pero la pistola de 9mm que quiso adquirir estaba muy lejos de sus posibilidades económicas. Pensó lanzarse por un puente cercano a casa, pero la idea de su cuerpo estrellado no le gustó, tampoco la de ser aplastado por el autobús, su mente se aclaraba, pensó que la mejor solución era el veneno, rápido, barato, y dejaría su cuerpo intacto. Una muerte menos dramática, poco a poco su mente se aclaró, se le ocurrió pasar por una librería para informarse acerca de los tipos de veneno existentes, pero tomó conciencia que su

aspecto era poco más que el de un Indigente, así que fue a casa a ducharse, tal vez el baño, o tal vez la emoción de su pronta desaparición, pero por primera vez desde hace mucho tiempo sintió hambre. Entró a una pequeña fonda, cuando comió esa sopa, sintió un calor y un descanso, cómo si la sopa tuviera vida propia y se instalara en cada célula de su piel. Caminó rumbo a la biblioteca pública preguntó por libros relacionados con venenos, y por ahí pasó por él aérea de armas, y pensó que también sería importante saber qué tipo de pistolas son las más económicas. Al pasar con sus libros por un espacio dedicado a la jardinería le llamó la atención un título “Cómo revivir a su gardenia” y recordó a su gardenia, envejecida y abandonada a su suerte, y aún así se resistía a morir. Tomó el libro y lo primero que consultó fue: como impedir que su gardenia muera.

Había que incorporar sulfato de hierro, así como podarla y revitalizarla, era importante agotar todos los recursos, antes de que su planta muera.



ITZEL YOALI

Yo soy la noche y el ocaso
Yo soy mi tristeza y mi júbilo

Yo soy mis palabras
Yo soy mis locuras

Yo soy piel que habita jardines
Jardines hablantes

Yo soy la que carece de designación
Yo soy la de nombrada reputación

Yo soy la que florece
Y la que escribe entre flores

Yo soy margaritas, lilas y azucenas
Yo soy clandestina

Los jardines colgantes de mis neuronas

—Es cuestión de darse el tiempo

Nos aconsejamos entre nosotras, mientras nos ocupamos de las responsabilidades cotidianas, porque si una quiere ser, ser lo que sea, debe darse el tiempo. Tiempo para ser entre lavar los trastes y hacer de comer, tiempo para ser entre recoger la mesa y acomodar los tenis que el hermano ha dejado como salero en la sala. Luego, cuando hemos acabado de lavar y planchar, barrer y trapear, cocinar y servir, cocer y remendar, entonces, ya tenemos tiempo de existir. Existir para descansar de lo que la sociedad ha nombrado: no hacer nada. Que pregunta más incómoda cuando a una mujer le cuestionan:

—A qué se dedica?

—Al hogar

—Ahhh...entonces le vamos a poner que no trabaja

De esa forma, afirmar que las mujeres que se dedican al hogar no hacen nada, casi se ha convertido en una verdad universal. Mientras lavo los platos de la cena, me transporto a la inservible vida del señor que en una ocasión escuche decir:

—En cuanto yo entro por la puerta de la casa, ella debe correr a la cocina a servirme de comer, ella debe calcular mis tiempos para tenerme comida y tortillas calientes. Es su única preocupación en la vida y ni eso puede hacer bien, yo llego cansado de trabajar y todavía espera que le diga: ¿me sirves de comer?

Me gusta imaginar que aquella mujer se ha deshecho del hombre y sus exigencias, que la quietud de su habitación es imperturbable, que la ansiedad que le generaba el sonido de la puerta cuando llegaba el esposo, ahora parece un recuerdo lejano. La frustración inunda mi sosiego y el caudal de pensamientos salen por mis ojos, lavar las ollas de la comida resulta un buen ejercicio para fortalecer la nostalgia.

En este punto, el lector debe creer que quien escribe es una mujer que trabaja en el hogar y en efecto así es, porque a casi todas las mujeres nos educan para aprender las labores del hogar, incluso dicen que una mujer integra es la que estudia y sabe hacer de comer. Siempre se cuestiona sobre lo que es ser una mujer. A las mujeres nos educan para servir, serles útiles a los demás, que nuestros sueños y aspiraciones se jodan, lo importante es vivir para servir.

Aunque me he cuestionado por que lo hacemos e incluso he dejado de hacerlo, habitar en una casa desordenada, me genera un estrés brutal, las palabras oprimidas en mi estómago enfurecen, entonces, los platos sobre la mesa, el baño sucio y el pestilente refrigerador se burlan de mí, se ríen entre aromas y moscas, no soporto compartir el mismo aire, colapso, grito, uso todas mis energías para asesinar y limpiar.

Habito a las tres de la mañana, cuando mi alma grita y la casa enmudece, no entre peonías y narcisos, entre gritos y rugidos, bullicios que ensordecen mi alma, he aprendido a dejar de escuchar, ignorar lo que habita en esta casa, quedarme a solas con mis gritos, mi mente grita y también llora, ríe y canta, hemos aprendido a vivir a pesar de las lágrimas y sollozos. Solas en una sola. Me han despojado

de mi tiempo y también de mí ser, como Santa Teresa de Jesús: Viviendo sin vivir en mí.

Las noches son un regalo a las memorias que habitan en mí, huéspedes que jamás cobije, albergo acacias amarillentas, lilas, claveles blancos, lilas, lirios del valle, lilas, muérdago, lilas, rosas blancas y rojas, lilas, olivos, lilas, tulipanes negros, lilas, camelias blancas. Son demasiadas que mi mente duele, la cabeza pesa (ya no las soporto), jardines eternos que nunca vivirán. ¿Qué tan interesante sería escribir sobre los jardines colgantes de mis neuronas? Es mejor dejar que las lilas dancen con el canto de los grillitos, que se cansen de bailar hasta que mi lecho quede húmedo, húmedo de tanto llorar.

Habito, existo, cuando me permiten sentir y arrasarse esta vida entre lágrimas, recuerdos eternos que no me dejan vivir.

Esperan más de mí de lo que han esperado de ellos en toda su vida, aparte de llevar un jardín en mi mente, llevo miles de responsabilidades impuestas y otras más, adquiridas por “humanidad”, porque si no lo hago yo, ¿Quién más lo hará? Además de educarnos para servir, a las mujeres nos perfuman de demasiada empatía, nos olvidamos de nosotras y lo que queremos, vivimos para que los sueños de los demás se cumplan. Si el marido quiere tener un hijo varón, intentamos tantos embarazos hasta que por fin la naturaleza nos trae al varoncito tan deseado y luego a las hijas les decimos:

—Debes aprender que tu hermanito siempre va primero, él está chiquito

La existencia de las mujeres cobra relevancia a partir de la presencia de un hombre en nuestras vidas y es así, desde que somos nombradas, los hombres legitiman su

poder sobre nosotras a través de los apellidos. Es así como se nos inculca la des priorización:

—Te vas a quedar a vestir santos si sigues de descuidada, la naturaleza de la mujer es casarse y tener hijos, mira qué bonito es criar a los hijos y atender al marido

Ocupan nuestro tiempo, nuestra existencia, nuestra naturaleza. Protestamos; somos unas criminales. Levantamos la voz; ¿Cómo nos atrevemos a tal barbaridad? Opinamos; no tenemos el intelecto. Queremos decidir; no somos dueñas de nuestra existencia, menos de nuestro ser, menos de nuestro cuerpo, menos de nada. ¿Quieres escribir?, pues da lo mismo que cocines sopita de letras a que te pongas a jugar con tus letritas.

Lavo y friego el baño; incentivo mi creatividad con ácido muriático y cascadas de cloro, entonces los jardines detonan y escribo:

Chandler Belmont, es un anciano que habita entre las calles de una gran metrópoli, principalmente se le ve rondando por las zonas más sucias, una vez al mes camina grandes distancias para llegar a los tiraderos de basura, siempre lleva consigo una cajita transportadora de mascotas. Las personas que han platicado con él se entristecen por su condición, otros afirman que sufre la pérdida de su fiel mascota, un basset hound, que murió entre los escombros que dejó un terremoto y por esa razón, recorre basureros y calles inhabitables buscando a su entrañable amigo. Lo cierto es, que en aquella cajita transportadora va guardando cuantas ratas se encuentra a su paso, es más viable suponer que las recluta y adiestra para una orquesta musical, platicar con él es como una sinfonía de Mozart...

Mi casa ha colapsado, quisiera dejar de pulirme las huellas de las manos entre la lija y el escusado. Los jardines florecen, en mi alma danzan amapolas y camelias rosas. Colapso, colapso, colapso. No soy más un ángel y tampoco aspiro a ser un pájaro libre que vuela fuera de la jaula. Existo, vivo, soy. Soy mujer, soy la que escribe, soy la que no tiene nombre.

Delirio de azares

¡Insufribles!. Incluso el día de la boda no pararon de parlotear en mi cabeza. Tenía tanta hambre pero sabía que apenas tragara un bocado mi cuerpo agonizaría por respirar dentro del vestido. ¡Insufribles! Las escucho merodear tras mi perfume de azares. Incluso en este baño de burbujas susurran a mi oído. ¡Insufribles! Me atormentan y no puedo gritar, -psicótica- repelan, y no sé qué es más monstruoso: mis pensamientos o sus juicios.

En dos ocasiones me vistieron de blanco; la primera cuando morí, la segunda cuando me mataron y no sé qué odio más: que le atribuyan virtudes de castidad o que permita la visibilidad de mi sexo. Un color absurdo que me cubrió en el altar y que me expuso, manifestándose como producto del silencio que habita mi alma.

Parlotearon, parlotearon, parlotearon;

—Ni boda sin canto, ni muerte sin llanto

Se burlaron de mí, pero incluso las tolero más que mi cumpleaños, a Don Ricardo le encanta ese día, hace un año decidió regalarme ser su esposa. Mi madre lloro de alegría, ver a su hija realizada era su sueño desde que su vagina me expulsó a esta vida. Una vida que por cierto yo no pedí y hubiera acabado desde hace mucho tiempo, pero se rehúsan a escuchar mis tormentos. Ser la esposa de Don Ricardo...evidentemente me estaba haciendo un favor y todos lo decían:

—Debes estarle eternamente agradecida primita, mira que una solterona, gorda, treintona como tú y aparte loca, debió haberse quedado, como ya dije: solterona

—Su única preocupación será darle herederos a Don Ricardo y ser muy complaciente

—Más le vale que tome sus medicamentos, una recaída más y se nos cae el teatrito con Don Ricardo

Cumplía 37 y no podría disfrutar con un pastel de tres chocolates, en lugar de eso, fui sometida a exhaustos meses de preparación: ¿cómo ser una buena esposa? Muy en mi interior anhelaba vivir en un nuevo hogar, por fin me desharía de mi familia y como Don Ricardo viajaba mucho, tendría tiempo para pensar lo que yo quisiera. Por la noche escribía cartas a mis viejos amigos, los invitaba a mi nueva casa y claro que les señalaba la dirección; a Paquito le tuve que dibujar la casa, es tan pequeño que se perdería. No llegaron, y tampoco llegó la felicidad, ni los hijos, cansada, agonizaba en las cuatro paredes de una lujosa casa. No sabía si él lo sabía pero contrato una linda enfermera, me dijo que era su prima, pero la he visto vigilar me cuando entro al baño y darle terapia de voces en su habitación. La única amiga que atendió mi carta fue Simone, sus palabras fueron:

—El hombre convierte a la mujer casada en muerte cívica

Luego se marchó, dicen que ese día empecé a hablar a solas, que tal vez son los medicamentos que he vuelto a tomar los que me hacen infértil. Qué cosa más rara la de la virtud, mi madre hizo que la cuidara durante toda mi vida, excepto por nuestro secreto cuando el Profesor hizo que durmiera, tampoco comprendo que tiene que ver dormir con la virtud, aunque Don Ricardo ni una, ni otra.

Me parecen tan estúpidas sus felicitaciones, adulándome y deseándome lo mejor. ¡Hipócritas! Los he escuchado murmurar a mis espaldas

—¿Sera infértil?

—De seguro está loca no se deja ni tocar

¡Hipócritas! Y apachurran su cuerpo contra el mío y se sacian en mis pechos de gorda. ¡Hipócritas! Me abrazan con su asqueroso cuerpo y fingen comprensión en su mirada, siento vergüenza de su ser y su mirada y sus manos.

Cuando la hallaron en la bañera burbujeante, ella estaría en el embeleso de sus vehementes manos.

El colecho de testudines

Tengo siete añitos, me llamo Testudines pero mis papis dicen que soy Alberto, ese nombre no me gusta, betito, yo ya soy un niño grande, hasta soy guardián de un bosque, yo cuido a los osos, ellos tienen unos dientes grandes pero a mí no me hacen nada porque soy su amigo y tampoco les tengo miedo porque no les gusta mi sabor, ellos comen hojitas de los árboles, hormigas, caracoles y gusanos, lo sé porque me lo dijo mi amiga Arctos, nos divertimos mucho, hacemos marometas en la montaña, corremos y jugamos a molestar a las larvas. Hacemos todo juntos, bueno, no todo, mi mami dice que la directora no me dejara llevarla a la escuela y yo debo hacerle caso porque la directora es una señora muy grande aunque su voz se escucha como la de una niña de mi edad, dicen que se come a los niños que se portan mal y que por eso tiene voz de niña, yo no creo que eso sea cierto pero por si las moscas, debo portarme bien, para no ir a la dirección, yo no quiero que me coma a mí o que se coma a mi amiga Arctos. Mi amiga Arctos se queda muy triste esperando cuando yo salga de la escuela y a mí eso me da mucha tristeza, por eso cuando yo sea grande voy a hacer mi propia escuela para jugar con Arctos en la chuleta (resbaladilla), vamos a jugar a las cazuelitas y también a las cadenitas y, como de seguro todos le temerán, no tendremos que hacer fila para subirnos. También como yo ya sabré todo lo que nos va a enseñar la maestra, sacaremos puras caritas felices y saldremos antes al recreo. Mi papi dice que es mejor que sea doctor cuando sea grande pero a mí no me

gustan los doctores, tienen muchas medicinas y también inyecciones, me dan guacala, bueno, no guacala porque esa es una mala palabra, me dan cosa.

Hoy mis compañeritos de la escuela me encerraron en el baño hasta que me hice de la pipi, dicen que Arctos no existe, que si existiera me hubiera defendido de ellos cuando me estaban molestando en el baño, yo ya no quiero ir a la escuela, se lo dije a mi mama y también tengo mucho miedo de dormir solito en mi cuarto, hay brujas que me susurran al oído en la noche, mi papi dice que son sancudos pero sé que ellos no me molestarían porque son mis amigos, yo les dejo agua con azúcar en mi caballito de madera antes de dormir, Arctos me dijo que eso comen y yo le hago caso. Hoy dormiré en el cuarto de mis papis, su cama es muy grande, caben seis almohadas y en la mía solo cabe una, a mí me gusta dormir con mis papis porque aquí las brujas no me susurran y aparte mi mami me abraza, ella me quiere mucho y también mi papi, las brujas le tienen miedo a mi papi porque él es muy grande y si me molestan, él las patearía por la ventana, las patearía tan fuerte que llegarían hasta lejos lejos donde cantan los conejos. Mi mami me tare una lechita con chocomilk y me pone mi pijama calientita de venadito, es hora de dormir, mis papis me abrazan y nos quedamos dormiditos.

Los ruidos del colecho despiertan a Alberto.

¿Mami?, ¿papi?, tengo miedo, quiero chillar pero tengo miedo de que los leones que están en la habitación me coman, no quiero que me huelan, me tapo con todas las cobijas y me aprieto la nariz para no respirar, si escuchan mis respiros querrán comerme porque los leones comen carne y yo estoy hecho de carne. Escucho como se muerden, afilan sus garras y se lamen las orejas, así los leones son

amistosos, en el canal de los animales dicen que cuando son familia no se hacen daño, que juegan y se cuidan, los leones que están en mi habitación se debieron haber perdido de la manada y están jugando en el cuarto de mis papis, eso es, no debo tener miedo, no debo tener miedo, no debo tener miedo...Creo que ya se comieron a mis papis porque se escucha como chupan la carne y la muerden, y rugen para alejar a sus enemigos de su comida, los leones se han comido a mis papis, aprieto mis ojitos para no chillar y me agunto la respiración y me hago bolita, debo salvarme.

El padre orina en el baño mientras la madre se pone el camisón y acomoda las almohadas, ahí está betito, frio entre el calor de las cobijas, moradito, betito ha muerto en el colecho seguro de mami y papi.

Raite

El semáforo se puso en amarillo, lo que permitió que Rubén examinara cuidadosamente las esquinas de Carranza y Zaragoza.

—*Ya se me hizo, ira que vieja tan chula me voy a trepar.* Quiúbole mi chula, ¿A dónde la llevo?

—*Ay nanita, ojala este si sea el bueno, hazme la buena Diosito.* No pos yo voy pa' donde tú digas, ¡guapo!

La chica se aprieta las manos y entre nervios, aprachurra los labios de color fucsia, le lanza un beso tronado al hombre que ha detenido su automóvil junto a la banqueta.

—*Ira que labios tan sabrosos.* Trépateme mi chula, ahorita mismo la hago volar

—Nomás deja agarro a mi bebita, es que no la puedo dejar aquí que tal que le pasa algo malo y luego hace bien hartito de frío

—*Esta pendeja cree que solo en la calle le puede pasar algo malo a su bebita, já, pinche mocosa descuidada, se le ve luego luego que está bien pendeja.* Claro mi reina, mi carroza es su carroza, órele trépeselo rápido antes de que nos agarre un tamarindo

—Híjoles que bueno es usted señor, llevo bien hartito de rato pidiendo raite y nomas que no lo consigo; ¿para dónde va?

—*Esta imbécil cree que soy un alma caritativa, no pos no me equivoque, está bien estúpida pero mira que nalgotas se carga la condenada, já. ¿Qué paso miija?,*

¿Apoco nomas me mando esos besotes pa' que la trepara? Usted bien clarito dijo: “yo voy a donde tú digas guapo”, ahora no se ande con mamadas o la bajo aquí mismo, pero antes me deja a esta criatura, pinche madre inconsciente, quiere andar de perra caliente pos ora se aguanta, pinche zorra y deje de lloriquear que aquí está mejor que en cualquier esquina de putas

El march azul se detiene frente a una casa con fachada amarilla, la envuelve un gran jardín de rosas. Abre la puerta una mujer de pijama satinada y elegante;

—¿Otra vez vienes con tus pinches putas?, te lo dije Rubén, nomás me vienes con tus jaladas y ahora si te pido el divorcio, pinche viejo desgraciado y esta hasta bebé trae...no me digas que es tuyo porque te parto tu madre carbón...

—*Otra vez a fregar con esta pinche vieja. ¿Qué tú me vas a partir mi madre?, pues no la partimos ¿Cómo ves?, con mi madre no te metas vieja hocicona, esta es mi casa estúpida y aquí mando yo, ultimadamente yo me parto la madre trabajando para pagar esta casa, aquí nada es tuyo pinche huevona. Mucho pinche mérito ha de tener estar con la patas pa' rriba todo el dia...*

—*Este desgraciado me quiere ofender para que se me olvide lo de esta babosa y el bebé, cada vez se las consigue más chamacas. A mí no me cambies de tema carbón, ¿es tuyo este bebé sí o no?*

—Si me vas a hacer pasar un mal rato, pos lo vamos a pasar los dos. Si es mi hijo ¿y?, ¿Cuál es tu pedo?, ¿tú lo vas a mantener o qué?

—No lo puedo creer Rubén, yo tanto que he entregado mi vida a ti y a nuestros hijos ¿para qué me salgas con esto? No es justo, yo deje mi vida por ti, mi familia me

decía que no me casara contigo y tú me dijiste: “Claus, deja que la gente opine solo importamos nosotros”, me pagas con la peor moneda

La mujer se deshace en llanto, cae al piso, sus piernas ya no sostienen el peso de la noticia

—No señora...déjeme explicarle, esta bebita solo es mía, yo solo estaba buscando raite y el señor amablemente se ofreció...

—Mmmmh... ¿amablemente? No me vengas con esas mamadas, conozco bien a MI MARIDO, yo sé bien que tú eres una de sus putas, lárgate de aquí por favor, sal de mi vista o te juro que te mato a ti y a tu bebé

—Já pinches viejas como son, quesque: entre mujeres podemos destrozarnos pero jamás nos haremos daño. Viejas ridículas vénganse a echar pata conmigo que pa’ todas tengo

Rubén cae tendido sobre el sillón, Claudia saca su coraje vomitando bilis y la chica deambula pidiendo ride para pasar la noche en un lugar seguro.



www.laboratoriosliterarios.com
www.facebook.com/LaboratoriosLiterarios
gloriagfonslaboratorios@gmail.com
WhatsApp: 777 149 82 10

Inspiración Volumen I

los textos de la presente antología fueron inspirados por los ejercicios creativos de Voces de Afrodita | Laboratorio de Escritura Inspiradora, el cual fue impartido por la escritora Gloria G. Fons de manera cálida y virtual durante los meses de julio-septiembre de 2021.

Su primera edición es exclusiva de Autores Editores

Ciudad de los Palacios, julio 2021